
Marion Zimmer Bradley



DARKOVER
LA TORRE PROHIBIDA

Damon Ridenow (un sensible lord de Comyn) y el terrano Andrew Carr, junto a sus esposas Ellemir y Camila (la Celadora que ha renunciado a sus sagrados votos por amor a un terrano), construyen una nueva Torre en el plano astral del supramundo. De este modo desafían el poder de las Celadoras y amenazan con subvertir algunos de los más arraigados tabúes y tradiciones que configuran la cultura darkovana. Todas las fuerzas de Darkover se alían para combatir esa Torre sacrílega, en una novela que obtiene su gran fuerza emotiva de un grave conflicto psíquico y en la que el amor, en todos sus facetas, es la causa última y, tal vez, la solución final de todos los enfrentamientos.

Para Diana Paxon, quien formuló la pregunta que originó este libro, y para Theodore Sturgeon, que fue el primero que exploró las cuestiones que, directa o indirectamente, subyacen a casi todo lo que he escrito.

Presentación

La siguiente presentación fue realizada por Miquel Barceló para la edición de LA TORRE PROHIBIDA en la colección NOVA fantasía y contiene descripciones que pueden desvelar elementos de la trama. Si prefiere evitar su lectura, [púlsese](#).

LA TORRE PROHIBIDA continúa el hilo narrativo enhebrado en LA ESPADA ENCANTADA, y lo hace prácticamente con los mismos personajes. Se trata de Damon Ridenow, el sensible Lord del Comyn que tuvo que dejar la Torre de Arilinn rechazado por la Celadora Leonie y que aquí se alzaría como el elemento central de una de las más profundas subversiones de las costumbres darkovanas. Junto a él, el terrano Andrew Can es aquel que, sorprendentemente, demostró poseer también el laran telepático que se creía exclusivo de los darkovanos y así pudo contactar con la Celadora Calista, perdida en el supramundo astral, y colaborar en su salvación. Ellos dos forman ahora la vertiente masculina del cuarteto protagonista de LA TORRE PROHIBIDA que se completa con sus esposas, las mellizas Ellemir y Calista.

Calista parece dispuesta a renunciar a sus votos como futura Celadora por amor al terrano Andrew, pero cumplir con las consecuencias de su decisión no será tan fácil y así lo constata la misma Calista, que, en su boda con el terrano, se da cuenta duramente de que *«todas las elecciones producen arrepentimiento»*. Se retoma así el tema de la

dificultad de ser libre y de las consecuencias de la propia libertad, uno de los temas centrales en la ya famosa serie de Darkover a la que Susan M. Shwartz ha etiquetado justamente como una «*ética de la libertad*».

Pero LA TORRE PROHIBIDA incluye una dedicatoria que parece haber tenido gran repercusión en la propia novela. Se trata de esa referencia que Bradley hace a «*Theodore Sturgeon, que fue el primero que exploró las cuestiones que, directa o indirectamente, subyacen a casi todo lo que he escrito*». Y esa es una referencia infalible para afirmar que LA TORRE PROHIBIDA tiene como tema central el del amor en todas sus facetas.

Para los lectores y aficionados a la ciencia ficción, Theodore Sturgeon es uno de los grandes maestros del género y es precisamente quien ha abordado el tema del amor con mayor intensidad, interés y efectividad. Se trata de una concepción del amor que, sin rehuir la vertiente sexual, la sobrepasa en mucho y lo configura como la barrera segura contra la soledad y la incomprensión, al tiempo que constituye uno de los más evidentes caminos para la realización personal aunque no deje de estar también plagado de renunciaciones.

En LA TORRE PROHIBIDA, Marión Zimmer Bradley aborda con la extensión suficiente el tema central que Sturgeon fijó magistralmente en sus relatos y novelas cortas. Y el punto de vista de Bradley es, al mismo tiempo, complementario y seguidor del de Sturgeon. Bradley nos lleva de la mano para advertir las reticencias del terrano Andrew a aceptar ciertas costumbres sexuales y amorosas de los darkovanos, incluyendo la confusa sexualidad que se le ofrece, a la que no son ajenos ciertos perfiles tal vez homosexuales, que despiertan todos sus recelos. Y es precisamente el personaje del terrano Andrew el que nos hace apreciar la complejidad del entramado cultural de Darkover en lo que respecta al amor y al sexo. Andrew actúa en definitiva como esa figura tan querida por los sociólogos del «*observa-*

dor-participante» que interviene íntegramente en los hechos sin dejar de establecer el contrapunto cultural necesario para apreciar la profundidad de la sociedad estudiada.

De ahí que, paulatinamente, vayan surgiendo a la luz los tabúes a los que debe enfrentarse Andrew en su aceptación (primero casual y después voluntaria) de la cultura darkovana, tan parecida y, al mismo tiempo, tan distinta de la terrana.

Pero no es sólo el terrano Andrew (y nosotros como lectores poseedores de su misma cultura...) quien debe someter sus concepciones amoratorias y sexuales a un juego de contrapuntos, sino que la propia cultura de Darkover tiene también sus tabúes y costumbres propias que han arraigado y muestran síntomas de anquilosamiento.

Y en este punto la figura de Damon Ridenow se alza como el desencadenante que pone en cuestión el mismísimo papel de los sexos en Darkover. El poder de las Celadoras de las Torres parece reservado a las vírgenes, que renuncian al sexo para dominar profundamente el laran, el poder telepático de los darkovanos. Pero esa rígida separación de las potencialidades de los sexos, que parece inevitable en la cultura telepática darkovana, tal vez no esté completamente justificada. Sabemos que Damon ha sido expulsado de la Torre de Arilinn por la Celadora Leonie y empezamos a intuir cuál puede ser la causa última de todo ello: el amor.

Tal vez es también necesaria la figura de este varón sensible que, en el fondo, se rebela ante el hecho de que al arquetipo masculino se le quiera privar de sensibilidad. Damon puede aportar un nuevo punto de vista, fruto de la cuestión que él mismo se plantea a mitad del capítulo nueve de esta novela: «... ¿por qué la sensibilidad habría de destruir a un hombre cuando capacita a una mujer para hacer el más delicado trabajo con matrices y el trabajo de una Celadora?».

Y esa es, en mi opinión, la cuestión central en LA TORRE PROHIBIDA, la investigación del porqué de los roles

sexuales establecidos (en Darkover y, ¿cómo no?, en Terra...) y de las posibles consecuencias de su superación. En definitiva y como ya decía antes, LA TORRE PROHIBIDA es esencialmente una novela (una interesante novela) sobre el amor y todas sus manifestaciones.

En estos tiempos difíciles (y escribo a finales de febrero), en los que el temor y el dinero logran comprar la dignidad de tantas conciencias, tal vez sea cierto que el amor es, todavía, uno de los últimos recursos de que dispone la especie humana. Pero ese amor, nos cuenta Bradley, debe ser abierto, debe superar el individualismo fácil y castrante para que pueda mantenerse erguido como un faro, como la Torre prohibida de Darkover, para dar nueva luz a un mundo gobernado en demasía por las costumbres y poderes del pasado.

MIQUEL BARCELÓ

1

Damon Ridenow cabalgaba a través de una tierra ya purificada. Durante casi todo el año, la gran meseta de las colinas Kilghard había estado sometida a la maligna influencia de los hombres-gato. Las cosechas se marchitaban en los campos, bajo la antinatural oscuridad que tapaba la luz del sol; las pobres gentes del distrito se acurrucaban en sus hogares, temerosas de aventurarse en la campiña arrasada.

Pero ahora los hombres trabajaban otra vez bajo la luz del gran sol rojo de Darkover, almacenando sus cosechas para protegerlas de las inminentes nevadas. Era principios del otoño, y casi todas las cosechas ya estaban recogidas.

El Gran Gato había muerto en las cavernas de Corresanti, y la gigantesca matriz ilegal que había utilizado también había sido destruida junto con él^[1]. Los pocos hombres-gato que aún vivían habían escapado hacia los lejanos bosques lluviosos, más allá de las montañas, o habían caído bajo las espadas de los Guardias que Damon había lanzado contra ellos.

Una vez más la tierra estaba limpia y libre de terror, y Damon, que había ordenado regresar a casi todo su ejército, cabalgaba de vuelta a casa. Pero no a sus predios ancestrales de Serráis; Damon era el hijo menor, poco atendido, y jamás había sentido que Serráis fuera su hogar. Ahora cabalgaba hacia Armida, hacia su boda.

Detuvo su caballo a un costado del camino, observando a los últimos hombres que se separaban para seguir cada uno rutas diferentes. Había Guardias uniformados de verde y negro que se dirigían a Thendara; otros pocos hombres

se encaminaban hacia el norte, hacia los Hellers, a los Dominios de Ardáis y de Hastur; y otros cabalgaban hacia el sur, dirigiéndose a las llanuras de Valeron.

—Deberías hablar a los hombres, Lord Damon —dijo un hombre bajo y de aspecto nudoso, que se hallaba junto a Damon.

—No soy muy bueno para los discursos.

Damon era un hombre menudo y delgado con rostro de estudioso. Hasta esta campaña, nunca había pensado en sí mismo como soldado, y todavía se sentía sorprendido de haber comandado a estos hombres, con éxito, contra los hombres-gato que quedaban.

—Ellos lo esperan, señor —le recordó Eduin, y Damon suspiró, sabiendo que lo que le decía el otro era cierto. Damon era Comyn de los Dominios, no señor de un Dominio, ni siquiera heredero, pero igualmente Comyn, de la antigua casta telepática, con talento psi, que había gobernado a los Siete Dominios desde épocas inmemoriales. Ya habían pasado los tiempos en que los Comyn eran tratados como dioses vivientes, pero todavía persistía el respeto hacia ellos, un respeto próximo a la reverencia. Y Damon había sido educado para asumir las responsabilidades de un hijo del Comyn. Suspirando, espoleó a su caballo y se trasladó a un sitio en el que los hombres pudieran verlo.

—Hemos hecho nuestro trabajo. Gracias a todos los hombres que respondieron a mi llamada hay paz en las Kilghard Hills y en nuestros hogares. Sólo me resta daros las gracias a todos y deciros adiós.

El joven oficial que había traído a los Guardias de Thendara se acercó a Damon mientras los demás se marchaban.

—¿Lord Alton vendrá a Thendara con nosotros? ¿Debemos esperarlo?

—Tendrías que esperarle demasiado —dijo Damon—. Fue herido en la primera batalla contra los hombres-gato, una herida pequeña, pero la médula resultó dañada, y fue

imposible curarlo. Está paralizado de cintura para abajo. Creo que nunca volverá a cabalgar.

El joven oficial pareció trastornado.

—¿Quién será ahora comandante de los Guardias, Lord Damon?

Era una pregunta lógica. Durante generaciones, la comandancia de los Guardias había estado en manos del Dominio Alton; Esteban Lanart de Armida, Lord Alton, había sido comandante durante muchos años. Pero el hijo mayor superviviente de Dom Esteban, Lord Domenic, era un joven de diecisiete años. A pesar de ser ya un hombre, según las leyes de los Dominios, no tenía todavía la edad ni la autoridad necesarias para el cargo. El otro hijo de Alton, el joven Valdir, tenía once años y era novicio en el Monasterio de Nevarsin, donde lo educaban los hermanos de San Valentín de las Nieves.

¿Quién comandaría a los Guardias entonces? Era una pregunta muy razonable, pensó Damon, pero él no sabía la respuesta. Eso fue lo que dijo, y agregó:

—Eso lo decidirá el Concejo del Comyn el próximo verano, cuando se reúna en Thendara.

Nunca había habido guerra en invierno en Darkover, y jamás la habría. En invierno había un enemigo más feroz, el cruel frío, las tormentas que arrasaban los Dominios, bajando de los Hellers. Ningún ejército podía marchar contra los Dominios en invierno. Hasta los bandidos se quedaban reclusos en sus casas. Podrían esperar hasta la próxima sesión del Concejo para que se nombrara un nuevo comandante. Damon cambió de tema.

—¿Llegaréis a Thendara al anochecer?

—Sí, a no ser que algo nos demore en el camino.

—Entonces, no te entretengo más —dijo Damon, e hizo una inclinación—. Te cedo el mando de los hombres, pariente.

El joven oficial no pudo ocultar una sonrisa. Era muy joven, y esta era la primera vez que estaba al mando, por

breve que fuera el lapso. Damon lo observó con una sonrisa pensativa, mientras el joven reunía a sus hombres y partía. El muchacho era un oficial nato, y ahora que *Dom Esteban* estaba incapacitado, los oficiales competentes podían aspirar a un ascenso.

El mismo Damon, a pesar de haber dirigido esta misión, nunca se había considerado un soldado. Al igual que todos los hijos del Comyn, había servido en el cuerpo de cadetes, y había cumplido con su turno de oficial, pero su talento y su ambición iban por otro camino. A los diecisiete años había sido admitido en la Torre de Arilinn como telépata, para ser entrenado en las antiguas ciencias de matriz de Darkover. Durante muchos, muchos años había trabajado allí, mientras su fuerza y su habilidad aumentaban, hasta alcanzar el grado de técnico psi.

Entonces lo habían despedido de la Torre. No por su culpa, le había asegurado su Celadora, sólo que era demasiado sensible y su salud, incluso su cordura, podían resentirse si se las sometía a las tremendas tensiones del trabajo de matriz.

Rebelde pero obediente, Damon se había marchado. La palabra de una Celadora era ley, y jamás podía ser cuestionada o rechazada. Con su vida destrozada y sus ambiciones arruinadas había tratado de construirse una vida nueva en la Guardia, aunque no era soldado y lo sabía. Durante un tiempo, había sido maestro de cadetes, después oficial médico, oficial de suministros. Y en esta última campaña contra los hombres-gato, había aprendido a manejarse con cierta confianza. Pero no sentía deseos de mando, y ahora agradecía cedérselo a otro.

Observó a los hombres que se alejaban hasta que sus contornos se perdieron en medio del polvo del camino. Ahora, a Armida, a casa...

—Lord Damon —dijo Eduin junto a él—, hay jinetes en el camino.

—¿Viajeros? ¿En esta época? —Parecía imposible. Las nevadas invernales todavía no habían empezado, pero en cualquier momento la primera ventisca bajaría de los Hellers, bloqueando las rutas durante varios días. Había un viejo dicho: «Sólo los locos o los desesperados viajan en invierno». Damon forzó los ojos para distinguir a los distantes jinetes, pero desde la infancia había sido un poco corto de vista, y sólo pudo distinguir algo borroso.

—Tus ojos son mejores que los míos. ¿Te parece que son hombres armados, Eduin?

—No lo creo, Lord Damon; entre ellos cabalga una dama.

—¿En esta época? Eso parece improbable —dijo Damon. ¿Cuál podría ser el motivo para que una dama viajara con el invierno tan próximo?

—Es un estandarte de Hastur, Lord Damon. Sin embargo, Lord Hastur y su dama no saldrían de Thendara en esta época del año. Si por alguna razón viajaran hasta el castillo Hastur, no lo harían por esta ruta. No lo entiendo.

Sin embargo, aun antes de que Eduin terminara de hablar, Damon supo quién era la dama que cabalgaba con el pequeño grupo de Guardias y escoltas. Sólo una mujer de Darkover cabalgaría sola bajo un estandarte de Hastur, y solamente una Hastur tendría motivos para cabalgar en esta dirección.

—Es la Dama de Arilinn —dijo finalmente, con reticencia, y vio que el rostro de Eduin se iluminaba de asombro y respeto.

Leonie Hastur, Leonie de Arilinn, Celadora de la Torre de Arilinn. Damon sabía que, según las reglas de cortesía, debía adelantarse a recibir a su prima, saludarla, y sin embargo permaneció sentado en su caballo, como petrificado, luchando por dominarse. El tiempo pareció detenerse. En un petrificado, atemporal y resonante rincón de su mente, un Damon más joven temblaba ante la Celadora de Arilinn, mientras escuchaba las palabras que destrozaron su vida:

—No me has fallado, ni tampoco me has causado disgustos. Pero eres demasiado sensible para este trabajo, demasiado vulnerable. Si hubieras nacido mujer, habrías sido Celadora. Pero tal como están las cosas... Te he observado durante años. Este trabajo destruirá tu salud, tu cordura. Debes dejarnos, Damon, por tu propio bien.

Damon se había marchado sin protestar, pues se sentía culpable. Había amado a Leonie, la había amado con toda la pasión desesperada de un hombre solitario, pero la había amado castamente, sin una palabra ni un roce. Pues Leonie, como todas las Celadoras, había hecho voto de castidad y jamás se le podía dedicar un pensamiento sensual, ni tampoco un hombre podía tocarla. ¿Acaso Leonie lo había sabido de algún modo, y había temido que algún día Damon perdiera el control, aunque sólo fuera con el pensamiento, e hiciera algo que ninguna Celadora podía permitir?

Destrozado, Damon se había marchado. Ahora, años más tarde, parecía que toda una vida separaba al joven Damon, lanzado a un mundo hostil para construirse una vida nueva, del Damon de hoy, dueño de sí mismo, veterano de una campaña triunfante.

El recuerdo todavía estaba vivo en él —estaría en carne viva hasta su muerte—, pero a medida que Leonie se acercaba, Damon se armó con el recuerdo de Ellemir Lanart, que lo esperaba en Armida.

Debería haberme casado con ella antes de esta campaña. Él había deseado hacerlo, pero a Dom Esteban le parecía que una boda apresurada era indigna tratándose de nobles. ¡No podía permitir que su hija fuera lanzada al lecho matrimonial con tanta prisa como si fuera una criada embarazada! Damon había accedido al retraso. La existencia de Ellemir, su prometida, debía disipar ahora hasta el más doloroso de sus recuerdos. Haciendo uso del control adquirido durante toda una vida, finalmente Damon se adelantó, con Eduin a su lado.

—Nos honras, prima —dijo con seriedad, haciendo una reverencia desde la montura—. Está muy entrado el año para cabalgar por las montañas. ¿Por qué viajas en esta época?

Leonie le devolvió la reverencia con la excesiva formalidad de una dama del Comyn en presencia de extraños.

—Mis saludos, Damon. Voy hacia Armida, de modo que, entre otras cosas, viajo a tu boda.

—Me siento honrado. —El viaje desde Arilinn era largo, y nadie lo emprendía con ligereza en ninguna época—. Pero seguramente no será solamente por mi boda, ¿verdad, Leonie?

—No sólo para eso. Aunque es cierto que te deseo toda la felicidad del mundo, primo.

Por primera vez, momentáneamente, sus miradas se cruzaron, pero Damon desvió los ojos. Leonie Hastur, Dama de Arilinn, era una mujer alta, de cuerpo delgado, con el llameante pelo rojo del Comyn, que ahora encanecía bajo la capucha de su capa de viaje. Tal vez, había sido muy bella en otros tiempos; Damon nunca estaría en condiciones de juzgarlo.

—Calista me comunicó que desea cancelar su juramento a la Torre y casarse. —Leonie suspiró—. Yo ya no soy joven: mi intención era ceder mi plaza de Celadora a Calista cuando fuese mayor y pudiera ocuparla.

Damon asintió en silencio. Todo esto se había dispuesto desde la llegada a la Torre de Arilinn de Calista, una niña de trece años. Damon había sido su técnico psi y se le había consultado sobre su entrenamiento como Celadora.

—Pero ahora desea dejarnos para casarse. Me ha dicho que su amante... —Leonie utilizó la inflexión cortés que daba a la palabra el significado de «prometido»— no es de este mundo, sino uno de los terranos que han construido el espaciopuerto de Thendara. ¿Qué sabes de esto, Damon? A mí me parece algo fantasioso, fantástico, como una vieja

balada. ¿Cómo llegó a conocer a ese terrano? Me dijo el nombre, pero lo he olvidado...

—Andrew Carr —dijo Damon mientras enfilaban sus caballos en dirección a Armida, cabalgando lado a lado. Sus escoltas y la dama de compañía de Leonie les seguían a respetuosas distancias. El gran sol rojo lucía bajo en el cielo, arrojando una luz cárdena a través de las cumbres de las Kilghard Huís. Hacia el norte, habían empezado a juntarse las nubes, y un viento helado soplaba desde las distantes e invisibles cumbres de los Hellers.

—Ni siquiera ahora estoy seguro de cómo empezó todo —dijo finalmente Damon—. Sólo sé que cuando Calista fue secuestrada por los hombres-gato, y se hallaba sola, sumida en el temor y la oscuridad, prisionera en las cavernas de Corresanti, ninguno de sus familiares pudo establecer contacto con su mente.

Leonie se estremeció, ciñéndose más la capucha de su capa.

—Fue una época espantosa —dijo.

—Es cierto. Y de alguna manera, ocurrió que ese terrano, Andrew Carr, estableció con ella un estrecho contacto mental. Aún ahora no conozco todos los detalles, pero de algún modo se convirtió en la única compañía que ella tuvo en su solitaria prisión: sólo él podía llegar a su mente. Y así ambos se aproximaron en mente y corazón, aunque ninguno de ellos había visto al otro.

Leonie suspiró.

—Sí —comentó—, esos vínculos pueden ser más fuertes que los carnales. Y así llegaron a amarse. Y cuando la rescataron y se encontraron...

—Andrew fue quien más colaboró en su rescate —dijo Damon—, y ahora están prometidos. Créeme, Leonie, no es una fantasía nacida del temor de una muchacha solitaria, ni del deseo de un hombre solitario. Calista me dijo, antes de que yo emprendiera esta campaña, que si no podía con-